

## Manual para mujeres de la limpieza

Lucía Berlin (1936-2004)

42–PIEDMONT. Un autobús lento hasta la plaza *Jack London*. Sirvientas y ancianas. Me senté al lado de una viejita ciega que leía en Braille; deslizando el dedo por la página, lento y silencioso, línea tras línea. Era relajante mirarla, leer por encima de su hombro. La mujer se bajó en la calle 29, donde se han caído todas las letras del cartel PRODUCTOS NACIONALES ELABORADOS POR CIEGOS, excepto CIEGOS.

La calle 29 también es mi parada, pero tengo que ir al centro a cobrar el cheque de la señora Jessel. Si vuelve a pagarme con un cheque, renuncio. Además, nunca tiene cambio para el transporte. La semana pasada hice todo el recorrido hasta el banco pagándolo de mi bolsillo, y se había olvidado de firmar el cheque.

Se olvida de todo, incluso de sus achaques. Mientras limpio el polvo los voy recogiendo y los dejo en el escritorio. 10 AM. NÁUSEAS en un trozo de papel en la repisa de la chimenea. DIARREA en la piletta de la cocina. Una MEMORIA POBRE Y ATURDIDA encima del horno. Sobre todo, se olvida de si tomó el fenobarbital, o de que me ha llamado ya dos veces a casa para preguntarme si lo ha hecho, dónde está su anillo de rubí, etcétera.

Me sigue de habitación en habitación, repitiendo las mismas cosas una y otra vez. Me estoy volviendo tan loca como ella. Siempre digo que no voy a volver, pero me da lástima. Soy la única persona con quien puede charlar. Su marido es abogado, juega al golf y tiene una amante. No creo que la señora Jessel lo sepa, o que se acuerde. Las mujeres de la limpieza lo saben todo.

Y las mujeres de la limpieza roban. No las cosas por las que la gente para la que trabajamos se pone nerviosa. Es lo superfluo lo que finalmente tienta. No queremos las monedas dejadas en pequeños ceniceros. En algún lugar, en una partida de bridge, una señora hizo correr el rumor de que para poner a prueba la honestidad de una mujer de la limpieza hay que dejar unas monedas, aquí y allá, en ceniceros con pimpollos pintados. Mi solución es agregar siempre algunos peniques, incluso una moneda de diez centavos.

En cuanto me pongo a trabajar, primero me fijo dónde están los relojes, los anillos, las carteras de noche de lamé dorado. Luego, cuando vienen apuradas y coloradas, contesto tranquilamente: «Debajo de su almohada, detrás del inodoro verde palta». Lo que sí robo son somníferos. Los guardo por si las moscas.

Hoy me robé un frasco de semillas de sésamo *Spice Islands*. La señora Jessel casi no cocina. Cuando lo hace, prepara pollo al sésamo. La receta está pegada en el interior de la puerta del especiero. Guarda una copia en el cajón de las estampillas y los hilos de atar, y otra en su agenda. Siempre que encarga pollo, salsa de soja y jerez, pide también un frasco de semillas de sésamo. Tiene quince frascos de semillas de sésamo. Catorce, ahora.

Me senté en el cordón a esperar el autobús. Otras tres sirvientas, negras con uniforme blanco, se quedaron paradas a mi lado. Son viejas amigas, hace años que trabajan en Country Club Road. Al principio nos enojamos a rabiar... el autobús llegó dos minutos antes y lo perdimos. Maldita sea. El conductor sabe que las sirvientas siempre están ahí, que el 42 a Piedmont pasa solo una vez por hora.

Fumé mientras ellas comparaban el botín. Las cosas que se habían llevado... esmalte de uñas, perfume, papel higiénico. Cosas que les habían dado... pendientes desparejados, veinte perchas, corpiños rotos.

(Consejo para mujeres de la limpieza: acepten todo lo que la señora les dé y digan gracias. Luego lo pueden dejar en el ómnibus, en algún hueco).

Para meterme en la conversación les enseñé mi frasco de semillas de sésamo. Se rieron a carcajadas.

—¡Ay, chica! ¿Semillas de sésamo?

Me preguntaron cómo era que trabajaba para la señora Jessel. La mayoría no la aguantaron más de tres veces. Me preguntaron si es verdad que tiene ciento cuarenta pares de zapatos. Sí, pero lo malo es que la mayoría son idénticos.

La hora se pasó agradablemente. Hablamos de las señoras para las que trabajamos. Nos reímos, no sin amargura.

Las mujeres de la limpieza tradicionales no me aceptan con facilidad. También me es difícil conseguir trabajo en esto, porque soy «instruida». Estoy segura de que ahora mismo no puedo encontrar otra cosa. Aprendí a contarles a las señoras desde el principio que mi marido alcohólico acaba de morir dejándome sola con mis cuatro hijos. Nunca había trabajado antes, teniendo que criar a los hijos y todo lo demás.

43-SHATTUCK-BERKELEY. Los asientos que dicen PUBLICIDAD DE SATURACIÓN están empapados todas las mañanas. Le pedí a un hombre un fósforo y me dio la cajita. PREVENCIÓN DEL SUICIDIO. Era una de esas de diseño tonto con la banda de raspado detrás. Más vale prevenir que curar.

Al otro lado de la calle, la mujer de LIMPIADO INMACULADO estaba barriendo la vereda. Las veredas a ambos lados revoloteaban de hojas y basura. Ahora es otoño en Oakland.

Después, esa tarde, al volver de limpiar en lo de los Horwitz, la vereda de INMACULADO estaba cubierta de hojas y porquería de nuevo. Tiré mi billete de transbordo. Siempre compro billete de transbordo. A veces los regalo, pero normalmente me los quedo.

Ter solía burlarse de como siempre guardo todo.

—A ver, Maggie May, en este mundo no te podés agarrar de nada. Excepto de mí, quizá.

Una noche en la avenida *Telegraph* me desperté al notar que él me ponía en la mano una anilla de lata de Coors. Abrí los ojos y lo vi sonriendo. Terry era un vaquero joven, de Nebraska. No le gustaba las películas extranjeras. Me di cuenta de que era porque no podía leer lo suficientemente rápido.

Las escasas veces que Ter leía un libro, arrancaba cada página y la tiraba. Yo llegaba a casa, donde las ventanas estaban siempre abiertas o rotas, y la habitación completa era un remolino de hojas, como palomas en un estacionamiento de Safeway.

33-BERKELEY EXPRESS. ¡El 33 se perdió! El conductor se pasó el desvío en SEARS para tomar la autopista. Todo el mundo empezó a tocar el timbre mientras, avergonzado, él giraba a la izquierda en la calle 27. Terminamos atascados en un callejón sin salida. La gente se asomaba a las ventanas a ver el ómnibus. Cuatro hombres se bajaron para ayudarlo a retroceder entre los coches

estacionados en la calle angosta. Una vez en la autopista, manejó casi a ochenta. Daba miedo. Hablábamos unos con otros, complacidos por el suceso.

Hoy toca lo de Linda.

(Mujeres de la limpieza: como regla, no trabajan para las amigas. Tarde o temprano se ofenden porque ustedes saben demasiado de sus vidas. O a ustedes ya no les caen bien, por lo mismo).

Pero Linda y Bob son buenos amigos desde hace tiempo. Siento su calidez aunque no estén. Esperma y jalea de arándanos en las sábanas. Apuestas de hipódromo y colillas en el cuarto de baño. Notas de Bob a Linda: «Comprar tabaco y llevar el coche a... du-duá, du-duá». Dibujos de Andrea con amor para mamá. Bordes de pizza. Limpio con Windex los restos de coca en el espejo.

Es el único sitio donde trabajo que no está impecable, para empezar. Más bien es un asco. Los miércoles subo como Sísifo las escaleras que llevan al living, donde siempre parece que están a mitad de una mudanza.

No gano mucho dinero con ellos porque no les cobro por hora, ni el transporte. No me dan de comer, por supuesto. Trabajo duro de verdad. Pero me siento de a ratos en diferentes lugares, me quedo hasta muy tarde. Fumo y leo el *New York Times*, libros porno, Cómo construir una pérgola. Sobre todo miro por la ventana la casa de al lado, donde viví un tiempo. Calle Russell, n° 2129½. Miro el árbol que da peras leñosas, y que Ter solía usar para hacer tiro al blanco. La cerca brilla de perdigones incrustados. El cartel de BEKINS que iluminaba nuestra cama por la noche. Extraño a Ter y fumo. Los trenes no se oyen de día.

40-TELEGRAPH AVENUE-ASILO DE MILLHAVEN. Cuatro ancianas en sillas de ruedas contemplan la calle con la mirada vidriosa. Detrás, en el puesto de enfermeras, una chica negra hermosa baila al son de «I Shot the Sheriff». La música está alta, incluso para mí, pero las ancianas ni siquiera la oyen. Más abajo, tirado en la acera, hay un cartel burdo: INSTITUTO DEL TUMOR 13:30.

El autobús no llega. Los autos pasan de largo. La gente rica que va en auto nunca mira a la gente en la calle, para nada. Los pobres siempre lo hacen... de hecho, a veces parece que solo están paseando en el auto, mirando la gente en la calle. Yo lo he hecho. La gente pobre está acostumbrada a esperar. La Seguridad Social, las colas del seguro de desempleo, lavanderías, cabinas telefónicas, salas de urgencias, cárceles, etcétera.

Mientras esperábamos el 40, nos pusimos a mirar la vidriera de la LAVANDERÍA DE MILL Y ADDIE. Mill había nacido en un molino en Georgia. Estaba tumbado sobre cinco lavadoras, instalando un televisor enorme arriba de ellas. Addie nos hacía la pantomima de cómo el televisor nunca quedaría colgado. Los transeúntes se detenían y se acercaban a mirar a Mill. Nos veíamos reflejados en el televisor, como un programa de noteros.

Calle abajo hay un gran funeral negro en FOUCHÉ. Antes pensaba que el cartel de neón decía «touché», y siempre me imaginaba a la muerte enmascarada, apuntándome al corazón con un florete.

He reunido ya treinta pastillas, entre los Jessel, los Burn, los McIntyre, los Horwitz y los Blum. En cada una de esas casas donde trabajo hay un arsenal de anfetaminas o sedantes que bastaría para dejar fuera de circulación a un ángel del infierno durante veinte años.

18-PARK BOULEVARD-MONTCLAIR. Centro de Oakland. Hay un indio borracho que ya me conoce, y siempre me dice: «Qué vueltas da la vida, cielo».

En Park Boulevard un furgón azul de la policía del condado, con las ventanas blindadas. Dentro hay una veintena de presos de camino a comparecer ante el juez. Los hombres, encadenados juntos y vestidos con mamelucos naranjas, se mueven casi como un equipo de remo. Con la misma camaradería, a decir verdad. El interior del furgón está oscuro. En la ventanilla se refleja el semáforo. Amarillo DESPACIO DESPACIO. Rojo DETÉNGASE DETÉNGASE.

Una hora larga de modorra hasta las colinas neblinosas de Montclair, un próspero barrio residencial. Solo van sirvientas en el autobús. Al pie de la Iglesia Luterana de Sion hay un letrero grande en blanco y negro que dice VIGILE QUE NO LE CAIGAN ROCAS. Cada vez que lo veo, se me escapa la risa. Las otras mujeres y el conductor se vuelven y me miran. A estas alturas ya es un ritual. En otra época me santiguaba automáticamente cuando pasaba delante de una iglesia católica. Tal vez dejé de hacerlo porque en el autobús la gente siempre se daba la vuelta y miraba. Sigo rezando automáticamente un avemaría, en silencio, siempre que oigo una sirena. Es un incordio, porque vivo en Pill Hill, un barrio de Oakland lleno de hospitales; tengo tres a un paso.

Al pie de las colinas de Montclair mujeres en Toyotas esperan a que sus sirvientas bajen del autobús. Siempre consigo ir a Snake Road con Mamie y su señora, que dice: «¡Caramba, Mamie, ¿no nos vemos preciosas con esa peluca?, y yo en esta vulgar ropa de pintar!». Mamie y yo fumamos.

Las señoras siempre suben la voz un par de octavas cuando les hablan a las mujeres de la limpieza o a los gatos.

(Mujeres de la limpieza: nunca se hagan amigas de los gatos, no los dejen jugar con el trapeador, ni con los harapos. Las señoras se pondrán celosas. Aun así, nunca los ahuyenten de malos modos de una silla. En cambio, háganse siempre amigas de los perros, pasen cinco o diez minutos rascando a Cherokee o Smiley nada más llegar. Acuérdense de bajar la tapa de los inodoros. Pelos, goterones de baba).

Los Blum. Este es el sitio más raro en el que trabajo, la única casa realmente bonita. Los dos son psiquiatras. Son consejeros matrimoniales, con dos bebés «preescolares» adoptados.

(Nunca trabajen en una casa con «preescolares». Los bebés son geniales. Puedes pasar horas mirándolos, acunándolos en brazos. Con los críos más mayores... solo sacarán alaridos, Cheerios secos, hacerse inmune a los accidentes y el suelo lleno de huellas del pijama de Snoopy).

(Nunca trabajen para psiquiatras, tampoco. Se van a volver locas. Yo también podría explicarles a ellos un par de cosas... ¿Zapatos con sobresuela?).

El doctor Blum está en casa, otra vez enfermo. Tiene asma, por el amor de Dios. Va dando vueltas en albornoz, rascándose una pierna peluda y pálida con la alpargata.

La, la, la, la, Mrs. Robinson... Tiene un equipo estéreo de más de dos mil dólares y cinco discos. Simon & Garfunkel, Joni Mitchell y tres de los Beatles.

Se queda en la puerta de la cocina, rascándose ahora la otra pierna. Me alejo contoneando la fregona hacia el escritorio, mientras él me pregunta por qué elegí este tipo de trabajo en particular.

—Supongo que por culpa o rabia —digo con desgano.

—Cuando se seque el piso, ¿podré prepararme una taza de té?

—Mire, vaya a sentarse. Ya se lo preparo yo. ¿Azúcar o miel?

—Miel. Si no es mucha molestia. Y limón, si no es...

—Vaya a sentarse —le llevo el té.

Una vez le traje una blusa negra de lentejuelas a Natasha, que tiene cuatro años, para que se engalanara. La doctora Blum puso el grito en el cielo y dijo que era sexista. Por un momento pensé que me estaba acusando de intentar seducir a Natasha. Tiró la blusa a la basura. Conseguí rescatarla y ahora me la pongo de vez en cuando, para engalanarme.

(Mujeres de la limpieza: van a aprender mucho de las mujeres liberadas. La primera fase es un grupo de toma de conciencia feminista; la segunda fase es una mujer de la limpieza; la tercera, el divorcio).

Los Blum tienen un montón de pastillas, una plétora de pastillas. Ella tiene estimulantes, él tiene tranquilizantes. El señor doctor Blum tiene pastillas de belladona. No sé qué efecto hacen, pero me encantaría llamarme así.

Una mañana los oí hablando en el rincón del desayuno y él dijo:

«¡Hagamos algo espontáneo hoy, llevemos a los niños a volar un barrilete!».

Me robó el corazón. Una parte de mí quiso irrumpir en la escena como la sirvienta de la tira cómica del *Saturday Evening Post*. Soy buena remontando barriletes, conozco varios sitios con buen viento en Tilden. En Montclair no hay viento. La otra parte de mí encendió la aspiradora para no oír lo que ella le contestaba. Fuera, llovía a cántaros. El cuarto de los juguetes era una leonera. Le pregunté a Natasha si Todd y ella realmente jugaban con todos aquellos juguetes. Me dijo que los lunes al levantarse los tiraban por el suelo, porque era el día que iba yo a limpiar.

—Ve a buscar a tu hermano —le dije.

Los había puesto a recoger cuando entró la señora Blum. Me sermoneó sobre las interferencias y me dijo que se negaba a «imponer culpabilidad o deberes» a sus hijos. La escuché, malhumorada. Luego, como si se le ocurriera de pronto, me pidió que desenchufara el frigorífico y lo limpiara con amoníaco y vainilla.

¿Amoniaco y vainilla? A partir de ahí dejé de odiarla. Una cosa tan simple. Me di cuenta de que realmente quería vivir en un hogar acogedor, que no quería imponer culpabilidad o deberes a sus hijos. Más tarde me tomé un vaso de leche, y sabía a amoníaco y vainilla.

40-TELEGRAPH AVENUE-BERKELEY. Lavandería de Mill y Addie. Addie está sola dentro, limpiando los cristales del escaparate. Detrás de ella, encima de una lavadora, hay una enorme cabeza de pescado en una bolsa de plástico. Ojos ciegos y perezosos. Un amigo, el señor Walker, les lleva cabezas de pescado para hacer caldo. Addie traza círculos inmensos de espuma blanca en el vidrio. Al otro lado de la calle, en la guardería St. Luke, un niño cree que lo está saludando. La saluda, haciendo los mismos gestos con los brazos. Addie se detiene, sonríe y lo saluda de verdad. Llega mi autobús. Toma Telegraph Avenue hacia Berkeley. En el escaparate del SALÓN DE BELLEZA VARITA MÁGICA hay una estrella de papel de plata pegada a un matamoscas. Al lado, una tienda de ortopedia con dos manos suplicantes y una pierna.

Ter se negaba a ir en autobús. Ver a la gente ahí sentada lo deprimía. Le gustaban las estaciones del Greyhound, en cambio. Íbamos a menudo a las de San Francisco y Oakland. Sobre todo a la de Oakland, en San Pablo Avenue. Una vez me dijo que me amaba porque yo era como San Pablo Avenue.

Él era como el vertedero de Berkeley. Ojalá hubiera un autobús al vertedero. Íbamos allí cuando añorábamos Nuevo México. Es un lugar inhóspito y ventoso, y las gaviotas planean como los chotacabras del desierto al anochecer. Allí donde mires, se ve el cielo. Los camiones de basura retumban por las carreteras entre vaharadas de polvo. Dinosaurios grises.

No sé cómo salir adelante ahora que estás muerto, Ter. Aunque eso ya lo sabes.

Es como aquella vez en el aeropuerto, cuando estabas a punto de embarcar para Albuquerque.

—Mierda, no puedo irme. Nunca vas a encontrar el coche.

O aquella otra vez, cuando te ibas a Londres.

—¿Qué vas a hacer cuando me vaya, Maggie? —repetías sin parar.

—Voy a hacer macramé.

—¿Qué vas a hacer cuando me vaya, Maggie?

—¿De verdad crees que te necesito tanto?

—Sí —contestaste. Sin más, una afirmación rotunda de Nebraska.

Mis amigos dicen que me recreo en la autocompasión y el remordimiento. Que ya no veo a nadie. Cuando sonrío, sin querer me tapo la boca con la mano.

Voy juntando somníferos. Una vez hicimos un pacto: si para 1976 las cosas no se arreglaban, nos mataríamos a tiros al final del muelle. Vos no te fiabas de mí, decías que te dispararía y echaría a correr, o me mataría yo primero; cualquier cosa. Estoy harta de luchar, Ter.

58—UNIVERSIDAD—ALAMEDA. Las viejecitas de Oakland van todas al centro comercial Hink, en Berkeley. Las viejecitas de Berkeley van al centro comercial Capwell, en Oakland. En este autobús todos son jóvenes y negros, o viejos y blancos, incluidos los conductores. Los conductores viejos blancos son cascarrabias y nerviosos, especialmente en la zona del Politécnico de Oakland. Siempre paran con un frenazo, gritan a los que fuman o van escuchando la radio. Dan bandazos y se detienen en seco, haciendo que las viejecitas se choquen con las barras. E instantáneamente, a las viejecitas les salen moretones en los brazos.

Los conductores jóvenes negros van rápido, surcan Pleasant Valley Road pasándose todos los semáforos en amarillo. Sus autobuses son ruidosos y echan humo, pero no dan bandazos.

Hoy me toca la casa de la señora Burke. También tengo que dejarla. Ahí nunca cambia nada. Nunca hay nada sucio. Ni siquiera entiendo para qué voy. Hoy me sentí mejor. Al menos he entendido lo de las treinta botellas de Lancers Rosé. Antes había treinta y una. Por lo visto ayer fue su aniversario de bodas. Encontré dos colillas de cigarrillo en el cenicero del marido (en lugar de la que hay siempre), una copa de vino (ella no bebe) y la botella en cuestión. Los trofeos de bowling estaban ligeramente desplazados. Nuestra vida juntos.

Ella me enseñó mucho sobre el gobierno de la casa. Coloca el rollo de papel higiénico de manera que salga por abajo. Abre la lengüeta del detergente solo hasta la mitad. Quien guarda, encuentra. Una vez, en un ataque de rebeldía, rasgué la lengüeta de un tirón con tan mala suerte que el detergente Comet se vertió y cayó en los quemadores de la cocina. Un desastre.

(Mujeres de la limpieza: que sepan que trabajan a conciencia. El primer día dejen todos los muebles mal colocados, que sobresalgan un palmo o queden un poco torcidos. Cuando limpien el polvo,

pongan los gatos siameses mirando hacia otro lado, la jarrita de la leche a la izquierda del azucarero. Cambien el orden de los cepillos de dientes).

Mi obra maestra en este sentido fue cuando limpié encima del frigorífico de la señora Burke. A ella no se le escapa nada, pero si yo no hubiera dejado la linterna encendida no se habría dado cuenta de que me había entretenido en rascar y engrasar la plancha de waffles, en reparar la figurita de la geisha, y de paso en limpiar la linterna.

Hacer mal las cosas no solo les demuestra que trabajas a conciencia, sino que además les permite ser estrictas y mandonas. A la mayoría de las mujeres estadounidenses les incomoda mucho tener sirvientas. No saben qué hacer mientras estás en su casa. A la señora Burke le da por repasar la lista de felicitaciones de Navidad y planchar el papel de regalo del año anterior. En agosto.

Procuren trabajar para judíos o negros. Te dan de comer. Pero sobre todo porque las mujeres judías y negras respetan el trabajo, el trabajo que hacés, y además no se avergüenzan en absoluto de pasarse el día entero sin hacer nada de nada. Para eso te pagan, ¿no?

Las mujeres de la Orden de la Estrella de Oriente son otra historia. Para que no se sientan culpables, intenten siempre hacer algo que ellas no harían nunca. Súbanse a los fogones para restregar del techo las salpicaduras de una Coca-Cola reventada. Enciérrense dentro de la mampara de la ducha. Retiren todos los muebles, incluido el piano, y pónganlos contra la puerta. Ellas nunca harían esas cosas, y además así no pueden entrar.

Menos mal que siempre son adictas a un programa de televisión, como mínimo. Dejo la aspiradora encendida media hora (un sonido relajante) y me meto debajo del piano con un trapo limpiador Endust apretujado en la mano, por si acaso. Simplemente me quedo ahí tirada, tarareando y pensando. No quise identificar tu cadáver, Ter, aunque eso trajo muchas complicaciones. Temía empezar a pegarte por lo que habías hecho. Morir.

El piano de los Burke lo dejo para el final. Lo malo es que la única partitura que hay en el atril es el himno de la Marina. Siempre acabo marchando a la parada del autobús al ritmo de «From the Halls of Montezuma...».

58-UNIVERSIDAD-BERKELEY. Un conductor viejo blanco cascarrabias. Lluvia, retrasos, gente apretujada, frío. Navidad es una mala época para los autobuses. Una hippy joven colocada empezó a gritar «¡Quiero bajarme de este puto autobús!». «¡Espera a la próxima parada!», le gritó el conductor.

Una mujer de la limpieza gorda que iba sentada delante de mí vomitó y ensució las galochas de la gente y una de mis botas. El olor era asqueroso y varias personas se bajaron en la siguiente parada, como ella. El conductor paró en la estación de servicio Arco en Alcatraz y trajo una manguera para limpiarlo, pero lo único que hizo fue echarlo hacia atrás y encharcar aún más el suelo. Estaba colorado y rabioso, y se saltó un semáforo; nos puso a todos en peligro, dijo el hombre que había a mi lado.

En el Politécnico de Oakland una veintena de estudiantes con radios esperaban detrás de un hombre prácticamente impedido. La Seguridad Social está justo al lado del Politécnico. Mientras el hombre subía al autobús, con mucha dificultad, el conductor gritó «¡Ay, por amor de Dios!», y el hombre pareció sorprendido.

Otra vez lo de los Burke. Ningún cambio. Tienen diez relojes digitales y los diez están en hora, sincronizados. El día que me vaya, los voy a desenchufar a todos.

Finalmente dejé a la señora Jessel. Seguía pagándome con un cheque, y en una ocasión me llamó cuatro veces en una sola noche. Llamé a su marido y le dije que tengo mononucleosis. Ella no se acuerda de que me he ido, anoche me llamó para preguntarme si la había visto un poco pálida. La echo de menos.

Una señora nueva, hoy. Una señora de verdad.

(Nunca me veo como «señora de la limpieza», aunque así es como te llaman: señora o chica).

La señora Johansen. Es sueca y habla inglés con mucha jerga, como los filipinos.

Cuando abrió la puerta, lo primero que me dijo fue: «¡Santo cielo!».

—Uy. ¿Llego demasiado pronto?

—En absoluto, querida.

Invadió el escenario. Una Glenda Jackson de ochenta años. Quedé hechizada. (Miren, ya estoy hablando como ella). Hechizada en el recibidor. En el recibidor, incluso antes de quitarme el abrigo, el abrigo de Ter, me puso al día sobre su vida.

Su marido, John, había muerto hacía seis meses. A ella lo que más le costaba era dormir. Se aficionó a hacer rompecabezas. (Señaló la mesita de la sala de estar, donde el Monticello de Jefferson estaba casi terminado, salvo por un agujero protozario, arriba a la derecha).

Una noche se enfrascó tanto en el rompecabezas que ni siquiera durmió. Se olvidó, ¡se olvidó de dormir! Y hasta de comer, para colmo. Cenó a las ocho de la mañana. Luego se echó una siesta, se despertó a las dos, desayunó a las dos de la tarde y salió y se compró otro rompecabezas.

Cuando John vivía era Desayuno a las 6, Almuerzo a las 12, Cena a las 6. Los tiempos han cambiado, ¡a mí me lo van a decir!

—Así que no, querida, no llegas demasiado pronto —concluyó—. Solo que quizá me vaya de cabeza a la cama en cualquier momento.

Yo seguía de pie en el recibidor, acalorada, sin apartar la mirada de los ojos radiantes y somnolientos de mi nueva señora, como si los cuervos fueran a hablar.

Lo único que tenía que hacer era limpiar las ventanas y aspirar la alfombra; pero antes de aspirar la alfombra, encontrar la pieza que faltaba del rompecabezas. Cielo con unas hojas de arce. Sé que se ha perdido.

Disfruté en el balcón, limpiando las ventanas. Aunque hacía frío, el sol me calentaba la espalda. Dentro, ella seguía con su rompecabezas. Absorta, pero sin dejar de posar en ningún momento. Se notaba que había sido muy hermosa.

Después de las ventanas vino la tarea de buscar la pieza del rompecabezas. Repasar centímetro a centímetro la alfombra verde, encontrar entre las largas hebras migas de biscochos, gomas elásticas del *Chronicle*. Estaba encantada, era el mejor trabajo que había tenido nunca. A ella le «importaba un rábano» si fumaba o no, así que seguí gateando por el suelo mientras fumaba, deslizando el cenicero a mi lado. Encontré la pieza lejos de la mesita donde estaba el rompecabezas, al otro lado del salón. Era cielo, con unas hojas de arce.

—¡La encontré! —gritó—. ¡Sabía que se había perdido!

—¡Yo la encontré! —exclamé.



Entonces pude pasar la aspiradora y, entretanto, ella terminó el rompecabezas con un suspiro. Alirme le pregunté cuándo creía que me necesitaría otra vez.

—Ah... ¿qué será, será? —dijo ella.

—Lo que tenga que ser... será —dije, y las dos nos reímos.

Ter, en realidad no tengo ningunas ganas de morir.

40—TELEGRAPH AVENUE. Parada del autobús delante de la LAVANDERÍA DE MILL Y ADDIE, que está abarrotada de gente haciendo cola para las lavadoras, pero en un clima festivo, como si esperaran una mesa. Charlan de pie al otro lado de la vidriera, tomando latas verdes de Sprite. Mill y Addie alternan como estupendos anfitriones, dando cambio a los clientes.

En la televisión, la Orquesta Estatal de Ohio toca el himno nacional. Ráfagas de nieve en Michigan. Es un día frío y claro de enero. Cuatro motociclistas con patillas aparecen por la esquina de la calle 29 como la cola de un barrilete. Una Harley pasa muy despacio por delante de la parada del autobús y varios chicos saludan al motociclista con rastas desde la caja de una ranchera, una Dodge de los años cincuenta. Finalmente lloro.

## A Manual for Cleaning Women

42–PIEDMONT. Slow bus to Jack London Square. Maids and old ladies. I sat next to an old blind woman who was reading Braille, her finger gliding across the page, slow and quiet, line after line. It was soothing to watch, reading over her shoulder. The woman got off at Twenty-ninth, where all the letters have fallen from the sign NATIONAL PRODUCTS BY THE BLIND except for BLIND.

Twenty-ninth is my stop too, but I have to go all the way downtown to cash Mrs. Jessel's check. If she pays me with a check one more time I'll quit. Besides she never has any change for carfare. Last week I went all the way to the bank with my own quarter and she had forgotten to sign the check.

She forgets everything, even her ailments. As I dust I collect them and put them on her desk. 10 AM. NAUSEEA (sp) on a piece of paper on the mantel. DIARREEA on the drainboard. DIZZY POOR MEMORY on the kitchen stove. Mostly she forgets if she took her phenobarbital or not, or that she has already called me twice at home to ask if she did, where her ruby ring is, etc.

She follows me from room to room, saying the same things over and over. I'm going as cuckoo as she is. I keep saying I'll quit but I feel sorry for her. I'm the only person she has to talk to. Her husband is a lawyer, plays golf and has a mistress. I don't think Mrs. Jessel knows this, or remembers. Cleaning women know everything.

Cleaning women do steal. Not the things the people we work for are so nervous about. It is the superfluity that finally gets to you. We don't want the change in the little ashtrays.

Some lady at a bridge party somewhere started the rumor that to test the honesty of a cleaning woman you leave little rosebud ashtrays around with loose change in them, here and there. My solution to this is to always add a few pennies, even a dime.

The minute I get to work I first check out where the watches are, the rings, the gold lamé evening purses. Later when they come running in all puffy and red-faced I just coolly say, "Under your pillow, behind the avocado toilet." All I really steal is sleeping pills, saving up for a rainy day.

Today I stole a bottle of Spice Islands sesame seeds. Mrs. Jessel rarely cooks. When she does she makes Sesame Chicken. The recipe is pasted inside the spice cupboard. Another copy is in the stamp and string drawer and another in her address book. Whenever she orders chicken, soy sauce, and sherry she orders another bottle of sesame seeds. She has fifteen bottles of sesame seeds. Fourteen now.

At the bus stop I sat on the curb. Three other maids, black in white uniforms, stood above me. They are old friends, have worked on Country Club Road for years. At first we were all mad... the bus was two minutes early and we missed it. Damn. He knows the maids are always there, that the 42–PIEDMONT only runs once an hour.

I smoked while they compared booty. Things they took... nail polish, perfume, toilet paper. Things they were given... one-earrings, twenty hangers, torn bras.

(Advice to cleaning women: Take everything that your lady gives you and say Thank you. You can leave it on the bus, in the crack.)

To get into the conversation I showed them my bottle of sesame seeds. They roared with laughter. "Oh, child! Sesame seeds?"

They asked me how come I've worked for Mrs. Jessel so long. Most women can't handle her for more than three times. They asked if it is true she has one hundred and forty pairs of shoes. Yes, but the bad part is that most of them are identical.

The hour passed pleasantly. We talked about all the ladies we each work for. We laughed, not without bitterness.

I'm not easily accepted by most old-time cleaning women. Hard to get cleaning jobs too, because I'm "educated." Sure as hell can't find any other jobs right now. Learned to tell the ladies right away that my alcoholic husband just died, leaving me and the four kids. I had never worked before, raising the children and all.

43-SHATTUCK-BERKELEY. The benches that say SATURATION ADVERTISING are soaking wet every morning. I asked a man for a match and he gave me the pack. SUICIDE PREVENTION. They were the dumb kind with the striker on the back. Better safe than sorry.

Across the street the woman at SPOTLESS CLEANERS was sweeping her sidewalk. The sidewalks on either side of her fluttered with litter and leaves. It is autumn now, in Oakland.

Later that afternoon, back from cleaning at Horwitz's, the SPOTLESS sidewalk was covered with leaves and garbage again. I dropped my transfer on it. I always get a transfer. Sometimes I give them away, usually I just hold them.

Ter used to tease me about how I was always holding things all the time.

"Say, Maggie May, ain't nothing in this world you can hang on to. 'Cept me, maybe."

One night on Telegraph I woke up to feel him closing a Coors flip-top into my palm. He was smiling down at me. Terry was a young cowboy, from Nebraska. He wouldn't go to foreign movies. I just realized it's because he couldn't read fast enough.

Whenever Ter read a book, rarely—he would rip each page off and throw it away. I would come home, to where the windows were always open or broken and the whole room would be swirling with pages, like Safeway lot pigeons.

33-BERKELEY EXPRESS. The 33 got lost! The driver overshot the turn at SEARS for the freeway. Everybody was ringing the bell as, blushing, he made a left on Twenty-seventh. We ended up stuck in a dead end. People came to their windows to see the bus. Four men got out to help him back out between the parked cars on the narrow street. Once on the freeway he drove about eighty. It was scary. We all talked together, pleased by the event.

Linda's today.

(Cleaning women: As a rule, never work for friends. Sooner or later they resent you because you know so much about them. Or else you'll no longer like them, because you do.)

But Linda and Bob are good, old friends. I feel their warmth even though they aren't there. Come and blueberry jelly on the sheets. Racing forms and cigarette butts in the bathroom. Notes from Bob to Linda: "Buy some smokes and take the car... dooh-dah dooh-dah." Drawings by Andrea with Love to Mom. Pizza crusts. I clean their coke mirror with Windex.

It is the only place I work that isn't spotless to begin with. It's filthy in fact. Every Wednesday I climb the stairs like Sisyphus into their living room where it always looks like they are in the middle of moving.

I don't make much money with them because I don't charge by the hour, no carfare. No lunch for sure. I really work hard. But I sit around a lot, stay very late. I smoke and read The New York Times, porno books, How to Build a Patio Roof. Mostly I just look out the window at the house next door, where we used to live. 2129½ Russell Street. I look at the tree that grows wooden pears Ter used to shoot at. The wooden fence glistens with BBs. The BEKINS sign that lit our bed at night. I miss Ter and I smoke. You can't hear the trains during the day.

40-TELEGRAPH. MILLHAVEN CONVALESCENT HOME. Four old women in wheelchairs staring filmily out into the street. Behind them, at the nurses' station, a beautiful black girl dances to "I Shot the Sheriff." The music is loud, even to me, but the old women can't hear it at all. Beneath them, on the sidewalk, is a crude sign: TUMOR INSTITUTE 1:30.

The bus is late. Cars drive by. Rich people in cars never look at people on the street, at all. Poor ones always do... in fact it sometimes seems they're just driving around, looking at people on the street. I've done that. Poor people wait a lot. Welfare, unemployment lines, laundromats, phone booths, emergency rooms, jails, etc.

As everyone waited for the 40 we looked into the window of MILL AND ADDIE'S LAUNDRY. Mill was born in a mill in Georgia. He was lying down across five washing machines, installing a huge TV set above them. Addie made silly pantomimes for us, how the TV would never hold up. Passersby stopped to join us watching Mill. All of us were reflected in the television, like a Man on the Street show.

Down the street is a big black funeral at FOUCHÉ'S. I used to think the neon sign said "Touché," and would always imagine death in a mask, his point at my heart. I have thirty pills now, from Jessel, Burns, McIntyre, Horwitz, and Blum. These people I work for each have enough uppers or downers to put a Hell's Angel away for twenty years.

18-PARK-MONTCLAIR. Downtown Oakland. A drunken Indian knows me by now, always says, "That's the way the ball bounces, sugar."

At Park Boulevard a blue County Sheriff's bus with the windows boarded up. Inside are about twenty prisoners on their way to arraignment. The men, chained together, move sort of like a crew team in their orange jumpsuits. With the same camaraderie, actually. It is dark inside the bus. Reflected in the window is the traffic light. Yellow WAIT WAIT. Red STOP STOP.

A long sleepy hour up into the affluent foggy Montclair hills. Just maids on the bus. Beneath Zion Lutheran church is a big black-and-white sign that says WATCH OUT FOR FALLING ROCKS. Every time I see it I laugh out loud. The other maids and the driver turn around and stare at me. It is a ritual by now. There was a time when I used to automatically cross myself when I passed a Catholic church. Maybe I stopped because people in buses always turned around and stared. I still automatically say a Hail Mary, silently, whenever I hear a siren. This is a nuisance because I live on Pill Hill in Oakland, next to three hospitals.

At the foot of the Montclair hills women in Toyotas wait for their maids to get off the bus. I always get a ride up Snake Road with Mamie and her lady who says, "My don't we look pretty in that frosted wig, Mamie, and me in my tacky paint clothes." Mamie and I smoke.

Women's voices always rise two octaves when they talk to cleaning women or cats.

(Cleaning women: As for cats... never make friends with cats, don't let them play with the mop, the rags. The ladies will get jealous. Never, however, knock cats off of chairs. On the other hand,

always make friends with dogs, spend five or ten minutes scratching Cherokee or Smiley when you first arrive. Remember to close the toilet seats. Furry, jowly drips.).

The Blums. This is the weirdest place I work, the only beautiful house. They are both psychiatrists. They are marriage counselors with two adopted “preschoolers.”

(Never work in a house with “preschoolers.” Babies are great. You can spend hours looking at them, holding them. But the older ones ... you get shrieks, dried Cheerios, accidents hardened and walked on in the Snoopy pajama foot.)

(Never work for psychiatrists, either. You’ll go crazy. I could tell them a thing or two... Elevator shoes?)

Dr. Blum, the male one, is home sick again. He has asthma, for crissake. He stands around in his bathrobe, scratching a pale hairy leg with his slipper. Oh ho ho ho, Mrs. Robinson. He has over two thousand dollars’ worth of stereo equipment and five records. Simon and Garfunkel, Joni Mitchell, and three Beatles. He stands in the doorway to the kitchen, scratching the other leg now. I make sultry Mr. Clean mop-swirls away from him into the breakfast nook while he asks me why I chose this particular line of work. “I figure it’s either guilt or anger,” I drawl. “When the floor dries may I make myself a cup of tea?” “Oh, look, just go sit down. I’ll bring you some tea. Sugar or honey?” “Honey. If it isn’t too much trouble. And lemon if it...” “Go sit down.” I take him tea.

Once I brought Natasha, four years old, a black sequined blouse. For dress-up. Ms. Dr. Blum got furious and hollered that it was sexist. For a minute I thought she was accusing me of trying to seduce Natasha. She threw the blouse into the garbage. I retrieved it later and wear it now, sometimes, for dress-up.

(Cleaning women: You will get a lot of liberated women. First stage is a CR group; second stage is a cleaning woman; third, divorce.)

The Blums have a lot of pills, a plethora of pills. She has uppers, he has downers. Mr. Dr. Blum has belladonna pills. I don’t know what they do but I wish it was my name.

One morning I heard him say to her, in the breakfast nook, “Let’s do something spontaneous today, take the kids to go fly a kite!” My heart went out to him. Part of me wanted to rush in like the maid in the back of Saturday Evening Post. I make great kites, know good places in Tilden for wind. There is no wind in Montclair. The other part of me turned on the vacuum so I couldn’t hear her reply. It was pouring rain outside. The playroom was a wreck. I asked Natasha if she and Todd actually played with all those toys. She told me when it was Monday she and Todd got up and dumped them, because I was coming. “Go get your brother,” I said. I had them working away when Ms. Dr. Blum came in. She lectured me about interference and how she refused to “lay any guilt or duty trips” on her children. I listened, sullen. As an afterthought she told me to defrost the refrigerator and clean it with ammonia and vanilla. Ammonia and vanilla? It made me stop hating her. Such a simple thing. I could see she really did want a homey home, didn’t want guilt or duty trips laid on her children. Later on that day I had a glass of milk and it tasted like ammonia and vanilla.

40-TELEGRAPH-BERKELEY. MILL AND ADDIE’S LAUNDRY. Addie is alone in the laundromat, washing the huge plate glass window. Behind her, on top of a washer is an enormous fish head in a plastic bag. Lazy blind eyes. A friend, Mr. Walker, brings them fish heads for soup. Addie makes immense circles of flurry white on the glass. Across the street, at St. Luke’s nursery, a child thinks she is waving at him. He waves back, making the same swooping circles. Addie stops,

smiles, waves back for real. My bus comes. Up Telegraph toward Berkeley. In the window of the MAGIC WAND BEAUTY PARLOR there is an aluminum foil star connected to a flyswatter. Next door is an orthopedic shop with two supplicating hands and a leg. Ter refused to ride buses. The people depressed him, sitting there. He liked Greyhound stations though. We used to go to the ones in San Francisco and Oakland. Mostly Oakland, on San Pablo Avenue. Once he told me he loved me because I was like San Pablo Avenue. He was like the Berkeley dump. I wish there was a bus to the dump. We went there when we got homesick for New Mexico. It is stark and windy and gulls soar like nighthawks in the desert. You can see the sky all around you and above you. Garbage trucks thunder through dust-billowing roads. Gray dinosaurs. I can't handle you being dead, Ter. But you know that. It's like the time at the airport, when you were about to get on the caterpillar ramp for Albuquerque. "Oh, shit. I can't go. You'll never find the car." "Watcha gonna do when I'm gone, Maggie?" you kept asking over and over, the other time, when you were going to London. "I'll do macramé, punk." "Whatcha gonna do when I'm gone, Maggie?" "You really think I need you that bad?" "Yes," you said. A simple Nebraska statement. My friends say I am wallowing in self-pity and remorse. Said I don't see anybody anymore. When I smile, my hand goes involuntarily to my mouth. I collect sleeping pills. Once we made a pact ... if things weren't okay by 1976 we were going to have a shoot-out at the end of the Marina. You didn't trust me, said I would shoot you first and run, or shoot myself first, whatever. I'm tired of the bargain, Ter.

58-COLLEGE-ALAMEDA. Old Oakland ladies all go to Hink's department store in Berkeley. Old Berkeley ladies go to Capwell's department store in Oakland. Everyone on this bus is young and black or old and white, including the drivers. The old white drivers are mean and nervous, especially around Oakland Tech High School. They're always jolting the bus to a stop, hollering about smoking and radios. They lurch and stop with a bang, knocking the old white ladies into posts. The old ladies' arms bruise, instantly. The young black drivers go fast, sailing through yellow lights at Pleasant Valley Road. Their buses are loud and smoky but they don't lurch. Mrs. Burke's house today. Have to quit her, too. Nothing ever changes. Nothing is ever dirty. I can't understand why I am there at all. Today I felt better. At least I understood about the thirty Lancers Rosé Wine bottles. There were thirty-one. Apparently yesterday was their anniversary. There were two cigarette butts in his ashtray (not just his one), one wineglass (she doesn't drink), and my new rosé bottle. The bowling trophies had been moved, slightly. Our life together. She taught me a lot about housekeeping. Put the toilet paper in so it comes out from under. Only open the Comet tab to three holes instead of six. Waste not, want not. Once, in a fit of rebellion, I ripped the tab completely off and accidentally spilled Comet all down the inside of the stove. A mess.

(Cleaning women: Let them know you are thorough. The first day put all the furniture back wrong ... five to ten inches off, or facing the wrong way. When you dust, reverse the Siamese cats, put the creamer to the left of the sugar. Change the toothbrushes all around.)

My masterpiece in this area was when I cleaned the top of Mrs. Burke's refrigerator. She sees everything, but if I hadn't left the flashlight on she would have missed the fact that I scoured and re-oiled the waffle iron, mended the geisha girl, and washed the flashlight as well. Doing everything wrong not only reassures them you are thorough, it gives them a chance to be assertive and a "boss."

Most American women are very uncomfortable about having servants. They don't know what to do while you are there. Mrs. Burke does things like recheck her Christmas card list and iron last year's wrapping paper. In August.

Try to work for Jews or blacks. You get lunch. But mostly Jewish and black women respect work, the work you do, and also they are not at all ashamed of spending the entire day doing absolutely nothing. They are paying you, right?

The Christian Eastern Stars are another story. So they won't feel guilty always try to be doing something they never would do. Stand on the stove to clean an exploded Coca-Cola off the ceiling. Shut yourself inside the glass shower. Shove all the furniture, including the piano, against the door. They would never do that, besides, they can't get in.

Thank God they always have at least one TV show that they are addicted to. I flip the vacuum on for half an hour (a soothing sound), lie down under the piano with an Endust rag clutched in my hand, just in case. I just lie there and hum and think. I refused to identify your body, Ter, which caused a lot of hassle. I was afraid I would hit you for what you did. Died. Burke's piano is what I do last before I leave. Bad part about that is the only music on it is "The Marine Hymn." I always end up marching to the bus stop "From the Halls of Monte-zu-u-ma..."

58-COLLEGE-BERKELEY. A mean old white driver. It's raining, late, crowded, cold. Christmas is a bad time for buses. A stoned hippy girl shouted, "Let me off this fuckin' bus!" "Wait for the designated stop!" the driver shouted back. A fat woman, a cleaning woman, vomited down the front seat onto people's galoshes and my boot. The smell was foul and several people got off at the next stop, when she did. The driver stopped at the Arco station on Alcatraz, got a hose to clean it up but of course just ran it all into the back and made things wetter. He was red-faced and furious, ran the next light, endangering us all, the man next to me said.

At Oakland Tech about twenty students with radios waited behind a badly crippled man. Welfare is next door to Tech. As the man got on the bus, with much difficulty, the driver said, "OH JESUS CHRIST" and the man looked surprised.

Burke's again. No changes. They have ten digital clocks and they all have the same right time. The day I quit I'll pull all the plugs. I finally did quit Mrs. Jessel. She kept on paying me with a check and once she called me four times in one night. I called her husband and told him I had mononucleosis. She forgot I quit, called me last night to ask if she had looked a little paler to me. I miss her.

A new lady today. A real lady.

(I never think of myself as a cleaning lady, although that's what they call you, their lady or their girl.)

Mrs. Johansen. She is Swedish and speaks English with a great deal of slang, like Filipinos. The first thing she said to me, when she opened the door, was "HOLY MOSES!" "Oh. Am I too early?" "Not at all, my dear." She took the stage. An eighty-year-old Glenda Jackson. I was bowled over. (See, I'm talking like her already.) Bowled over in the foyer. In the foyer, before I even took off my coat, Ter's coat, she explained to me the event of her life. Her husband, John, died six months ago. She had found it hard, most of all, to sleep. She started putting together picture puzzles. (She gestured toward the card table in the living room, where Jefferson's Monticello was almost finished, a gaping protozoan hole, top right.)

One night she got so stuck with her puzzle she didn't go to sleep at all. She forgot, actually forgot to sleep! Or eat to boot, matter of fact. She had supper at eight in the morning. She took a nap then, woke up at two, had breakfast at two in the afternoon and went out and bought another puzzle. When John was alive it was Breakfast 6, Lunch 12, Dinner 6. I'll tell the cockeyed world times

have changed. “No, dear, you’re not too early,” she said. “I might just pop off to bed at any moment.” I was still standing there, hot, gazing into my new lady’s radiant sleepy eyes, waiting for talk of ravens. All I had to do was wash windows and vacuum the carpet. But, before vacuuming the carpet, to find a puzzle piece. Sky with a little bit of maple. I know it is missing. It was nice on the balcony, washing windows. Cold, but the sun was on my back. Inside she sat at her puzzle. Enraptured, but striking a pose nevertheless. She must have been very lovely.

After the windows came the task of looking for the puzzle piece. Inch by inch in the green shag carpet, cracker crumbs, rubber bands from the Chronicle. I was delighted, this was the best job I ever had. She didn’t “give a hoot” if I smoked or not so I just crawled around on the floor and smoked, sliding my ashtray with me. I found the piece, way across the room from the puzzle table. It was sky, with a little bit of maple. “I found it!” she cried, “I knew it was missing!” “I found it!” I cried. Then I could vacuum, which I did as she finished the puzzle with a sigh. As I was leaving I asked her when she thought she might need me again. “Who knows?” she said. “Well ... anything goes,” I said, and we both laughed. Ter, I don’t want to die at all, actually.

40–TELEGRAPH. Bus stop outside the laundry. MILL AND ADDIE’S is crowded with people waiting for machines, but festive, like waiting for a table. They stand, chatting at the window drinking green cans of Sprite. Mill and Addie mingle like genial hosts, making change.

On the TV the Ohio State band plays the national anthem. Snow flurries in Michigan. It is a cold, clear January day. Four sideburned cyclists turn up at the corner at Twenty-ninth like a kite string. A Harley idles at the bus stop and some kids wave at the rusty rider from the bed of a ’50 Dodge pickup truck. I finally weep.

Berlin, Lucia. *A Manual for Cleaning Women* (pp. 26-39). Farrar, Straus and Giroux. Kindle Edition.